

El país equivocado (I)

Expulsados del Paraíso

Eduardo Casanova

A lo largo de más de siglo y medio, Venezuela ha buscado con desesperación un camino que lleve a la felicidad. En este primer artículo, primero de una serie de trece, se explica por qué no es posible encontrar ese camino mientras no se tome conciencia de cuál es la verdadera causa de todos los males que hasta ahora nos han condenado al subdesarrollo, la corrupción, el atraso y todas las plagas imaginables.

Ciento veinticuatro millones de habitantes, cuatro millones ochocientos mil kilómetros cuadrados; uno de los mayores productores de petróleo, hierro, bauxita, estaño, acero aluminio, ganado, productos agrícolas, etcétera, del mundo; uno de los países con mayor atracción para los turistas de Europa, estados Unidos, Canadá y Japón; en fin, uno de los países con más potencial económico del planeta Tierra. Ese era el país de Bolívar en 1825, cuando le propuso a Sucre que aceptara ser Vicepresidente de la Confederación que quería hacer con Colombia (las actuales Colombia, Ecuador, Panamá y Venezuela), Perú y Bolivia. Hoy en día sería una verdadera potencia mundial, habitada por mucha gente feliz, y no un conjunto de republiquetas, de paisitos tercermundistas habitados por gentes miserables, dominados por la corrupción, el narcotráfico, la violencia, la pobreza extrema, la degradación y el peor de los atrasos.

Aquí, en lo que hoy es Venezuela, nacieron Bolívar, Miranda, Sucre, Andrés Bello y Simón Rodríguez, y sin embargo hoy somos uno de los peores países de ese conjunto que acabo de describir. No fuimos capaces de continuar lo que esos cinco grandes iniciaron, y preferimos hundirnos en la abyección y la torpeza, que fue lo que quisieron Páez y otros que, simplemente, no estaban a la altura de lo que habían vivido. ¿Cómo le pagaron Páez y Venezuela a Bolívar todo lo que hizo por la libertad y el porvenir? El 6 de mayo de 1830 se reunió en Valencia un Congreso Constituyente, convocado por el Jefe

Civil y Militar de Venezuela, general José Antonio Páez; salvo muy contadas excepciones, todos los diputados eran áulicos del jefe llanero y sólo dos de ellos, el doctor José María Vargas, diputado por Caracas, y Manuel Urbina, diputado por Coro, se opusieron a una de las resoluciones más canallescas que pudiesen haberse concebido en Venezuela: aquella mediante la cual el Congreso condicionó las buenas relaciones de Venezuela con Cundinamarca y Quito a la no permanencia de Simón Bolívar en territorio colombiano, que fue aprobada el 28 de mayo de 1830 a proposición de Ángel Quintero, incondicional de Páez. Allí nació el presente de Venezuela, ese presente de tercermundismo que a todos nos agobia.

Desde entonces Venezuela, expulsada del Paraíso, ha sido un país equivocado, gobernado por la gente equivocada, buscando siempre lo equivocado y encontrando siempre, porque no puede ser de otra manera, lo equivocado. Durante mucho tiempo se creyó que la panacea era la Federación, y miles de venezolanos murieron por la causa federal. Se impuso la federación, y las cosas siguieron iguales o hasta empeoraron. Se volvió entonces la mirada al positivismo, y en su nombre se cometieron centenares, si no miles, de crímenes, sin que la situación mejorara demasiado, aunque durante el período positivista se logró la integración del país. Se pensó entonces en la democracia, y de nuevo centenares de seres fueron muertos o torturados por la democracia. Llegó la esperadísima democracia, y es poco o nada lo que se ha avanzado: el país sigue atrasado, dominado por la miseria, y para colmo invadido por la corrupción administrativa y el narcotráfico. Hay quienes han pensado en el socialismo, pero hasta en eso se siguió un camino equivocado, de violencia y de pereza mental, que llevaba a la nada. En fin, todas las soluciones que se han buscado han fracasado porque tienen que fracasar. Porque para curar una enfermedad no basta con calmar la fiebre. La fiebre es un síntoma, no la causa de ningún mal importante. Si el paciente tiene calenturas, dolor en la ingle derecha, glóbulos blancos muy altos y otros síntomas específicos, lo más probable es que los médicos tengan que extirparle el apéndice vermicular y en un par de

días, cómo por arte de magia, el paciente estará curado. Pero si el médico se empeña en darle aspirina para que le baje la fiebre y se le pase el dolor, lo más posible es que en tres días el paciente esté muerto.

Venezuela no está muerta. No murió el 13 de enero de 1830, cuando se separó de la Gran Colombia y expulsó a Sucre y a Bolívar. Pero está enferma y necesita tratamiento. Y mientras no aceptemos esa realidad, ningún remedio será suficiente. Hay que volver a las ideas de Bolívar, adaptarlas a los tiempos que corren y dejar de lado, para siempre al país equivocado. Una receta dura y nada fácil de aplicar.

En nuestro próximo encuentro hablaremos de las primeras grandes equivocaciones del país equivocado... y enfermo...